

La generación del '71: remembranzas

Edesio Sánchez C.

Corre el mes de febrero de 1969, y espero con impaciencia el día de mi viaje a San José, Costa Rica. Pronto iniciaré mis estudios teológicos en el Seminario Bíblico Latinoamericano.

El primer día de la semana de orientación, nos hemos congregado los treinta y cinco estudiantes de nuevo ingreso. En la capilla del Seminario, la mayoría nos sentimos como chiquillos de Jardín de Infantes el primer día de clases: nerviosos, ansiosos, y con una mezcla de tristeza, por los seres queridos a quienes hemos dejado en casa, y alegría, por la dicha de conocer nuevos amigos y hermanos.

Esa semana fue determinante para la mayoría de nosotros. La liturgia estuvo a cargo del Rev. Victor Monterroso y la predicación a cargo de un profesor que se estrenaba ese año con nosotros, el Lic. Oswaldo Motessi. Sus sermones fueron realmente inspiradores; recuerdo sus títulos y su base textual bíblica: *Mística*

El doctor Edesio Sánchez, mejicano, es asesor de traducciones bíblicas con las Sociedades Bíblicas Unidas.

en acción (Mt 17.1-8; Jn 4.31-35; Mt 28.16-20); *Ministros para la iglesia* (Jn 1.14; Lc 22.27; Is 53.3; Mt 25.34-36); *Ministros para el prójimo* (Lc 10.25-37); *Ministros para transformar el mundo* (Jue 7.1-25). Después de esa semana —que también nos inspiró para el trabajo académico con las charlas del rector, que también se estrenaba como tal, el Lic. Plutarco Bonilla, y del Dr. Juan Stam— todos estábamos listos para iniciar nuestros tan deseados estudios teológicos. Cuando el rector terminó de dar sus consejos a la clase principiante, y de advertimos que allí estábamos para estudiar con seriedad, nadie tuvo la menor duda de que el SBL y su cuerpo docente esperaba de nosotros excelencia académica. Y así fue; pues cuando terminó el año lectivo 1969 varios estudiantes viajaron a sus países sin “boleto de regreso”.

Durante los años 1969 a 1971 el Seminario nos ofreció una serie de elementos y circunstancias que, aunadas a este muy especial grupo, se convirtieron en los ingredientes que vinieron a formar ese sabroso manjar que ahora llamamos *la generación del '71*. El Seminario nos ofreció un nuevo rector español con profundas raíces latinoamericanas; era pastor y catedrático universitario. Don Plutarco tomó muy en serio su responsabilidad rectoral, y nunca puso en la mesa de negociaciones el asunto de la excelencia académica. El curso de Cristología que dictó fue desafiante. Se nos hizo leer en abundancia, y se nos pidió escribir pequeños ensayos y una monografía al final. Cuando recibí la nota de la monografía y fui a reclamar una calificación más alta, pronto me di cuenta que don Plutarco no se contentaba con poco. Y lo agradezco; por una circunstancia infeliz de la cual no quiero recordar los detalles, confirmé que lo que para algunos maestros era nota de 100, para don Plutarco apenas alcanzaba el 80.

El Seminario nos dio un cuerpo docente que en su mayoría fue excelente. Cómo olvidar a un Juan Stam, quien nos hizo amar la teología no solo con la mente, sino también con el corazón. Recuerdo como si fuera ayer, cuando nos interpretó teológicamente la *Guernica* de Picasso, o cuando nos hizo beber del libro *Prefacio a la teología* de Juan Mackay. Las clases de don Juan no solo fueron un encuentro con el texto; realmente fueron experiencias

vivenciales que nos marcaron para siempre. Cómo olvidar las clases de Ricardo Foulkes, quien nos demostró desde el primer curso que tomamos con él que el maestro no solo lo es en el aula, sino en la iglesia, el comedor y la oficina. Cómo me gustaba ir a su oficina para los exámenes orales y la discusión de algún libro que nos había encargado leer. Don Ricardo nos hacía sentirnos importantes, participábamos en el diálogo creyendo que nosotros éramos los que sabíamos y él, el aprendiz. Cuando nos regresaba una tarea corregida o un examen evaluado con su inconfundible tinta verde, no solo veíamos una calificación, sino una nueva experiencia pedagógica. Varias veces recibí de vuelta una monografía con la siguiente nota: "Gracias, Edesio, he aprendido algo nuevo". Cómo olvidar a doña Irene Foulkes, quien nos hizo aprender y amar el griego del Nuevo Testamento y la exégesis bíblica. Gracias a la sólida enseñanza del griego, hoy día mi exégesis novotestamentaria y mi trabajo en la traducción bíblica se ven plenamente enriquecidos. Doña Irene nos planteó, mucho antes que surgiera el movimiento que hoy se conoce como lectura feminista de la Biblia, la necesidad de leer la Biblia en una perspectiva más amplia. El curso sobre la "La mujer en la Biblia", que tuve el privilegio de dirigir con ella, fue realmente concientizador y formativo. Si algo tiene de solidez el trabajo exegético que realizamos los de la generación del '71, mucho se lo debemos a doña Irene. Con don Jorge Taylor exploramos un mundo complejo pero fascinante: la psicología pastoral. Me atrevo a decir que son pocos los de la generación del '71 que han olvidado el título y contenido de los libros que don Jorge nos invitó a leer: *La salud de la personalidad*, *Del yo al nosotros*, *Consejo psicológico*. Sus clases tuvieron una rica mezcla de teoría y práctica. Allí, algunos fuimos pacientes y otros consejeros. Y ¡qué importancia tuvieron esas experiencias prácticas! Don Jorge nos dio las bases y el andamiaje para afrontar hoy la tarea de dar alivio y consejo a quienes nos buscan para consejo pastoral.

No había terminado nuestro primer año, 1969, cuando visitó el Seminario un joven pastor y profesor: Orlando Costas. Una tarde nos anunció a Gastón Guzmán (un compañero argentino) y a mí que el siguiente año lo tendríamos como profesor. Esa tarde

compartimos con él nuestros sueños y frustraciones; sus palabras y promesas nos dejaron contentos y deseosos de tenerlo como maestro. Desde el momento que se convirtió en nuestro profesor, hasta el día que dejamos el Seminario, Orlando cumplió a cabalidad sus promesas y nunca nos defraudó. Con Orlando aprendimos comunicación, predicación, liturgia, teología de la evangelización, Biblia y, sobre todo, a teologizar críticamente. Siempre nos sorprendió por su inmensa capacidad para escribir. No había clase que nos presentara que después no se convirtiera en artículo publicado en alguna revista o el capítulo de un libro que después aparecería. Orlando se convirtió en nuestro compañero de baloncesto y de serenatas. Fue inseparable acompañante de nuestras travesuras y excursiones. Su casa siempre estuvo abierta para nosotros. Rosi y sus niñas llegaron a ser para varios de nosotros hermana y sobrinas. En efecto, el Seminario, entre los ingredientes que nos dio, nos regaló a Orlando. A él, lo aceptabas y amabas, o lo mantenías a distancia y preferías no tenerlo muy cerca; no había término medio. Varios de mi generación llegamos a amarlo entrañablemente, lo admiramos y aprendimos mucho de él.

El Seminario nos dio un espacio para vivir como familia. Los varones solteros vivimos en el querido y recordado anexo (hoy pertenece al Ejército de Salvación), a cuadra y media del edificio principal; las solteras vivían en el tercer piso del edificio principal. Nuestra vida cotidiana se vivió sobre todo entre las paredes de ese edificio, que compartíamos con la Misión Latinoamericana. En el Seminario estudiábamos, teníamos nuestros cultos de adoración, dialogábamos con los maestros y comíamos. La riqueza étnica, nacional y cultural fue fabulosa: unos eran de piel cobriza o trigueña, otros de piel morena o negra y algunos de piel blanca; varios estudiantes hablaban con orgullo de su trasfondo europeo, otros por la raíces indígenas que nos definían, otros por su herencia afrocaribeña; había estudiantes de Puerto Rico, Estados Unidos, México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Venezuela, Perú, Brasil, Paraguay, Argentina y Chile. Quienes ahora trabajamos en ministerios a nivel continental entre pueblos hispanohablantes, tuvimos en esa experiencia

multinacional nuestras primeras clases de sociolingüística. Aprendimos que tal o cual palabra o expresión son equívocas o malsonantes en tal o cual país. En esos años de estudio también aprendimos la vida ecuménica e interconfesional. Para quienes veníamos de países donde las denominaciones trabajan de manera aislada, esa fue una experiencia formadora. La experiencia interconfesional trascendió las paredes del Seminario, pues en nuestro trabajo de campo, nos vimos "obligados" a servir a iglesias fuera de nuestra denominación. Yo, siendo presbiteriano, fui el pianista de una iglesia bautista, el pastor de jóvenes de una iglesia centroamericana y copastor de una iglesia de la Asociación de Iglesias Bíblicas Costarricenses. En nuestro peregrinar semanal por diferentes iglesias, cuántas veces le hablé a grupos juveniles pentecostales o enseñé a líderes laicos en la iglesia menonita.

A nuestra generación le tocó dar la bienvenida al naciente movimiento de la teología latinoamericana de liberación. A nosotros nos cupo el honor de ser los primeros en experimentar el surgimiento del movimiento carismático en Costa Rica. Durante nuestros años de estudio se celebró el primer CLADE (Congreso Latinoamericano de Evangelización) y nació la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Nuestra generación tuvo el privilegio de escuchar, a través de la Cátedra Strachan y otras instancias, a grandes teólogos y expositores como fueron: Cecilio Arrastía, Samuel Escobar, Juan Carlos Ortiz, Emilio Castro, Julio Barreiro, Marcelo Pérez Rivas, Sante Uberto Barbieri y otros más. Por medio de los contactos con las universidades y otras entidades educativas pudimos escuchar y aprender de teólogos, educadores, sociólogos y poetas como Hugo Assman, Darcy Ribeiro, Helder Cámara y Ernesto Cardenal.

Fue una época de encrucijada, y quizá por ello no se dieron las polarizaciones que después se vivieron y en las cuales el Seminario se vio envuelto. Así hablábamos de las teologías reformadas como de las wesleyanas; discutíamos sobre los pros y contras del movimiento carismático y de la teología de liberación; todavía se respiraba el ambiente del Vaticano II y nadábamos en las aguas del movimiento de secularización. Bonhoeffer, Paul van Buren, Harvey

Cox, J. A. T. Robinson y otros más eran nuestras lecturas de cama y tema de nuestras charlas de sobremesa.

Para algunos de nosotros el Seminario fue el espacio donde nació y se confirmó nuestra vocación ministerial específica. Los cursos de Antiguo Testamento de Tomás Hanks y Mervin Brenemann, y la lectura de libros sobre temas veterotestamentarios me abrieron el apetito por hacer del Antiguo Testamento mi área de especialización. Me decidí por él, en parte por el amor que nació en mí y en parte por el consejo de Orlando Costas: “Edesio —me dijo— lanza tu mirada al presente y futuro de la educación teológica y del ministerio cristiano en América Latina, y mira qué área del saber teológico está poco representada; allí tienes tu futuro.” En aquella época no había en América Latina especialistas evangélicos con doctorado. Al graduarme años más tarde, era yo el único con un PhD en Antiguo Testamento en México y uno de los pocos que iban surgiendo de América Latina.

Nuestra generación ha dado a la misión de la iglesia latinoamericana y mundial a biblistas, teólogos, pastores, misionólogos, misioneros, pastoralistas, profesores de universidades e instituciones teológicas y excelentes teóricos de la educación cristiana. Entre los de nuestra generación se cuentan decanos de seminarios, rectores y conferencistas de calidad internacional y mundial. A nosotros nos cabe el honor de tener en nuestras filas a Elsa Tamez, una de las más insignes teólogas y biblistas a nivel mundial e interconfesional. Los nombres de algunos de nuestra generación aparecen como autores de libros de teología, comentarios bíblicos y libros sobre pastoral y educación cristiana. Algunos, como Miguel Walicki, se han dedicado a llevar el mensaje del evangelio por medio de las ondas radiales y la televisión. Otros, como Mardoqueo Carranza y Juan Fajardo, decidieron hacer de su formación bíblico teológica la base y apoyo de profesiones seculares tales como la abogacía y la educación universitaria. Eliseo Soto se fue de misionero a Francia. Blanqui Otaño y Migdalia Mislá son pastoras. Esthela Cevallos es Capellana de la Clínica Bíblica en San José. Gastón Guzmán y su esposa Mónica dirigen un hogar de niños huérfanos y abandonados en Paraguay. Ambos

dirigen una escuela primaria y secundaria que sirve a la comunidad. Gloria Salazar y Andrés García se han dedicado al ministerio de apoyo a las iglesias y comunidades a través del ministerio de CELEP; lo mismo han hecho Alejo y Dórothy Quijada.

La lista podría extenderse, pues a nuestra época pertenecieron también José Duque, Eduardo Aparicio, Guidoberto Mahecha, Alberto Pozo, Nelly Jacobs, Alberto y Enrique Guang, Adán García, Francisco y Elsie Ramos, Eriberto Soto, Ema Mejías, Esther y Gladys Lay, Eva Inugay, José Pereira de Souza, José y Leda Carvalho, Dalton y Herta Said, Sonia y Sergio Ojeda. Además, en esos años una generación de jóvenes maestros se estrenaba con nosotros o con la generación siguiente: José María Abréu, Victorio Araya y Hugo Zorrilla.

Para un buen número de mi generación, el Seminario también proveyó el espacio para encontrar a nuestra "media naranja". Somos miembros del club que al parecer iniciara don Wilton Nelson: *La-encontré-aquí*. Esta y otras circunstancias hizo que un buen número de exalumnos del SBL se quedara a residir en Costa Rica de manera temporal o permanente.

El Seminario Bíblico Latinoamericano, hoy Universidad Bíblica Latinoamericana, es nuestra *alma mater*. Nos dio una formación que ha marcado nuestras vidas para siempre. El ministerio que ahora realizamos se lo debemos en mucho a nuestra querida institución. Llevamos como un sello impreso en nuestros corazones el lema que la ha guiado por 75 años: ***Por Cristo y la América Latina***.

Termino estas remembranzas con la letra de un himno que nació, en esos años, de nuestras mentes inquietas y soñadoras:¹

1. *Joven te llamo al servicio de mi reino,
tú eres amante de la paz y de lo recto,
tú que deseas para el pobre más justicia,
tú que anhelas para el hombre vida eterna.*

CORO:

*Mi América Latina te espera,
tu vida entera se dedique a ella.*

*Mi América Latina te espera,
tu vida enera se dedique a ella.*

*2. Deja lo tuyo que mi obra está primero
aunque por ella no disfrutes las riquezas;
deja el temor, la vida fácil y sin luchas;
pon tu esfuerzo y la victoria yo te ofrezco.*

*3. Si has aceptado este reto que presento,
si es de valor lo que aquí has aprendido,
si has alcanzado la victoria en tus ideales,
¿qué te impide iniciarte en el trabajo?*

*4. Yo te ofrezco mi ayuda y compañía;
en el camino ayudarás al afligido;
pero al final de tu labor aquí en la tierra
yo te daré una corona de victoria.*

Notas

¹Letra: Gastón Guzmán y Edesio Sánchez; música: Ricardo Foulkes. *Celebremos Juntos*, No. 125 (San José: SEBILA, 1992).